



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JACINTO CARMIN

Haz bien...

CLEMENTE DE CASTRO

Mi muñeca.

FÉLIX RECIO

Penitencia.

FERNANDO AMADO

Los saludos

LUIS DE OSSA

Valor probado.

MINGO REVULGO

¡La solución de un problema!

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato
de FIORY.



FIORY

Danzarina, morenaza y brutal, del Teatro Romea.

5 cénts.



Por fin se calmaron algo nuestros nervios, bien necesitados de algún sedante, porque estábamos saliendo á sorpresa por día. Bienvenida sea esta tregua, porque la opinión se hallaba en un periodo de agitación grande y estaba pidiendo á gritos que terminase el período. Ya hemos entrado por el buen camino de la expansión del espíritu con cosas más gratas y más interesantes que lo que piensa Maura, lo que hace Romanones y lo que aconseja don Gumersindo.

Joaquín Dicenta ha venido á darnos un

poco de oxígeno con *Sobrevivirse*, que para él va á ser algo así como un sobremonedero, de lo cual me alegraré una enormidad; la hermosa partitura de *Los cadetes de la reina* ha puesto tregua á rumbas y machichas, colocando al maestro Luna en los cuernos de la idem (lo que tambien celebro infinito); Titta Rufo ha vuelto, y con permiso de Sagi-Barba, á hacer las delicias de las señoras admiradoras del gran cantante, á quien de buena gana invitarían al té doméstico, sólo por el capricho de decirle: «Toma té, Tita». Y hasta para colmo de satisfacciones está para terminarse ese Plutarco, del Ateneo, que nos va resultando un Plutarco de dos petetas.

Si á esto añaden ustedes que hace ya dos ó tres días que no nos hablan los eminentes, de las contorsiones de vientre de Tórtola Valencia, que ni es tórtola ni es de Valencia, se explicarán el por qué vivimos en el mejor de los mundos habitados.

Y á propósito de esta inconmensurable bailarina.

Como ahora hemos convenido en que debemos asomarnos á Europa, y ella es artista mundial, los encargados de velar por nuestro pudor han caído en la cuenta de que por allá se desvelan más que por aquí, y que eso de arte con velo, con velo basta. Y como consecuencia de esta observación ya no son tan tiranos como habían venido siendo con las que, sino poseen fama internacional como García Prieto y la Tórtola, tienen una fama inter-urbana para irse defendiendo.

Yo celebro esta saludable rectificación, que nos permite ver á *la Chelito* y á *Preciosilla* interpretar producciones de «incomparable *deshabillé*», como dicen los carteles del templo escénico donde actúan bajo la dirección artística y literaria de la mamá de la primera, que para mí tiene muchos más méritos que la mayoría de esas escritoras cursis que nos molestan con libros saporíferos,



—¡Canastos! ¡Qué señora tan guapa!

—Es mi pobrecita esposa; la perdí hace dos años.

—¿Y de qué murió?

—No ha muerto; desapareció á la vez que un primo suyo.



—Aunque me dé vergüenza te he de confesar que soy viuda.

—Pues ahora que hablamos solemnemente yo también he de decirte que no te había dicho que soy casado.

Hay hipócritas mojigatos que se escandalizan de que ambas artistas aparezcan en el lecho común y digan una serie de chistes culinarios capaces de enrojecer las megillas bronceadas de don Alvaro de Bazán y luego hagan unas posturas académicas para postales impublicables y por fin terminen con una rumba la mar de rumbosa, pero crean ustedes que todas esas protestas no las hacen porque se presentan más ó menos ligeritas de indumentaria, sino porque con la crudeza de la estación puedan coger un enfriamiento.

Y lo que pasa en el Salón Madrid, que es el local á que me refería, acontece en el Madrileño, donde se representa un drama romántico de Calderón de la Barca, titulado *¡Duro con el molinillo*, y que como puede juzgarse por el título es una producción filosófica con picatoste y vaso de leche.

Los que dicen que eso es excesivamente licencioso y perjudicial para la salud, son los que todas las noches agotan las locali-

dades de ambos espectáculos al sólo objeto, naturalmente, de ver si al fin se deciden á tomar un catarro los intérpretes de tales obras pecaminosas, según ellos, y de positivas y materiales enseñanzas según los que no nos cogemos la moral con un papelito de seda.

Sea ello lo que fuere, lo cierto es que con la acertada modificación de criterio, las empresas de esos teatros y salones lograron ir subiendo la terrible cuesta de Enero, y aunque sólo sea por eso, ya merece un aplauso.

Porque de lo contrario, sólo el Paraíso, que es la localidad á que acuden los de buena fe, sería donde se viesen espectadores. En butacas y palcos hubiese habido una frialdad que ni en el Guadarrama.

Y, después de todo, sería lo más lógico, como se demuestra con la Historia Sagrada en la mano.

En el Paraíso habría siempre más gente que en el Guadarrama, y perdonen los alpinistas.

Porque en el Paraíso, por lo menos, serían puntos fuertes Adán y Eva.

Y en el Guadarrama... ¡ni-Eva!

Un pequeño reporter.

CONFIDENCIAS



—Chica, cuéntame. ¿Cómo lo pasaste el día de la boda? ¿Salió todo á tu gusto?

—Admirablemente. ¡No ves que hicimos ensayo general el día antes!

HAZ BIEN...

Mi amigo Fulánez (le llamo así por no lanzar al arroyo y á propósito de chirigotas juveniles, el nombre de un prócer respetable que hoy día es senador, mayor contribuyente, etc.)... es uno de los tipos más notables que he conocido.

El calavera, como decía Larra, lo primero que necesita es público que comente y difunda sus actos y sus chistes. Para Fulánez, *el coro* no hace falta; los amigos le tienen sin cuidado, la popularidad también: es alegre *per se*, porque lleva el regocijo en la masa de la sangre, y cuando hace una diablura es cediendo á un placer puramente egoísta, como si fuese al teatro por proporcionarse el gustazo de divertirse á sí mismo.

Verbigracia:

Durante una semana, Fulánez se dedicó á seguir á cuanto cojos encontraba en la calle, hasta averiguar su domicilio; luego les escribió á todos un anónimo sugestivo, citándoles para el mismo día y hora junto á la Fuente de Cibeles... Y allí se fué mi amigo á divertirse viendo la sorpresa que en los embromados cojos producía hallar reunidos allí tantos compañeros de desgracia...

■

Desde entonces han pasado muchos años, más de quince, y Fulánez no ha cambiado.

Anoche cenamos juntos, y ya de sobremesa, me refirió entre varios chascarrillos una anécdota deliciosa tanto, que no puedo resistir á la tentación de trasladarla al papel, para pasmo y enseñanza de gente bien humorada.

Hace algunos meses Fulánez fué á Correos, á certificar una carta, y el prócer senador, mayor contribuyente y gran cruz de diversas órdenes, tuvo la humorada de ponerse en la fila de los que esperaban turno para certificar.

Delante de él había un individuo regordete y chiquitín, que llevaba en la mano un sobre que decía en letras muy grandes una dirección y un nombre...

Fulánez concibió inmediatamente la diablura, y sacando su cartera escribió:

«Perencejo de Tal, calle de... Barcelona.»

El público iba desfilando rápidamente por la ventanilla de certificados, hasta que llegó la vez al caballero pequeñín y cachigordillo.

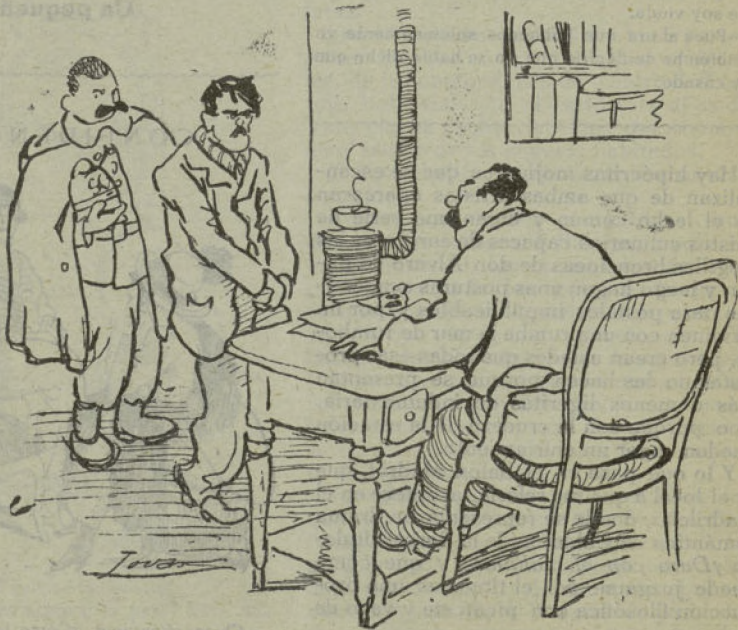
—¿Quién envía?—preguntó el empleado.

—Don Megano de...

—¿Dónde vive?

—Calle de...

Fulánez, que había estado oído alerta, apuntó también el nombre y las señas... Y se marchó contentísimo de su ocurrencia.



—Explíquenos usted por qué golpeó á su señora en las primeras horas de la noche de ayer.

—¡Tomal porque no la pude «endiñar» por la tarde.



—¿Qué ha sido eso de su chica, señá Inacia?

—Que me la ha pillao un «atomivil» y la ha faturoo los dos muslos.

—¡Mía qué lástima! ¡Ahora que había estreaao unas ligas tan sicalíticas!

Al día siguiente e-cribió dos cartas. Una, fechada en Barcelona, que hizo llegar á su destino por mediación de un amigo inocente, en la cual el firmante, después de inventar una calumnia escandalosa, insultaba al vecino de Madrid groseramente; y otra carta en que el agredido devolvía dos improperios por uno, añadiendo que lo dicha escrito estaba y poniendo por fiadores de su palabra su geta y sus puños.

Las cartas que por lo visto fueron escritas de mano maestra, no tardaron ocho días en producir su efecto.

Los dos interesados convertidos repentinamente de camaradas que eran en enemigos mortales, se buscaron con ansias exterminadoras, y el encuentro ocurrió en Madrid, en la calle de la Lealtad, cerca de casa de Maura.

Los dos estaban tan irritados, que toda explicación fué imposible.

—Va usted á comerse su carta.

—Usted sí que va á tragarse la suya.

—Yo no he escrito ninguna carta.

—¡Cobarde!

—¡Indecente!

—¡Indecoroso!

¡Pim, pam, pum!

Y... ¡el desmiguel!... Que diría Enrique Chicote.

¶

—Yo que espiaba el curso de la aventura—me decía Fulánez,—supe lo de la paliza pocas horas después.

—¿Y qué?

—¡Que no sabe usted lo que me divierten estas cosas!..

Jacinto Carmin

CHISMES Y... CUENTAS

En una tienda de loza, un dependiente á una gentil pareja de recién casados que ha entrado á comprar una vagilla:

—Estos son unos platos de los que vendemos muchísimos para matrimonios, pues tienen la buena cualidad de que pesan mucho... son duros como el acero, y aunque se tiren al suelo, son completamente irrompibles... Ustedes mismos prácticamente en su casa pueden hacer la prueba cualquier día...

EN UN EXÁMEN



—¿Quién era el Dios de los infiernos?

—Plutón.

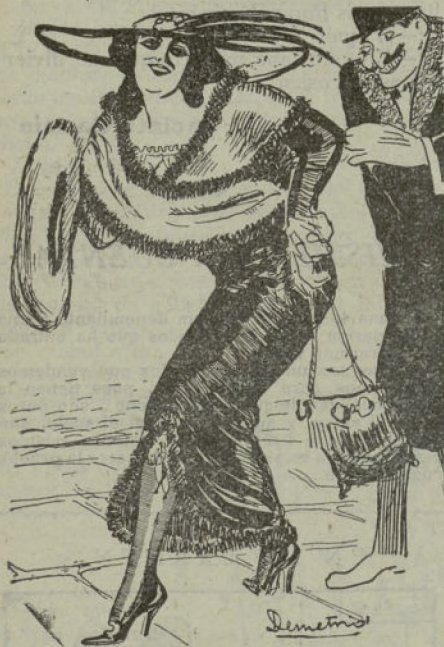
—Y si á Plutón le arrancaran las orejas ¿qué sería?

—Plutón desorejado.

LAS DOS VIAS

¿Lo tendremos directo ó lo tendremos torcido?

Ya habrán ustedes comprendido que nos referimos al proyectado ferrocarril de Madrid á Valencia ó de Valencia á Madrid, que aquí, aunque se trata de trenes, si que



El—¡Sarita! ¡Sarita! Pero mujer que voy hace media hora detrás de ti y no me has visto.

Ella—¡Pero, hijito de mi aimá! ¿Dónde crees tú que tengo el sentido de la vista?

el orden de los factores no altera el producto.

Los hermanos conquenses y los no menos hermanos valencianos, vinieron á discutir fraternalmente á Madrid, este pleito de la línea férrea, y con toda fraternidad por poco se rompen las respectivas crismas.

Ya en una reunión magna que tuvieron en nuestro municipio, con toda magnanimidad el bueno de Castrovido, armó la gran zalagarda, al corromper un discurso que se traía embotellado Crespo Azorín,

el famoso gobernador de Barcelona cuando la represión de la semana periódica, para no llamarla sangrienta.

Castrovido le dijo que no hacían falta discursos impertinentes, y Crespo Azorín se puso muy crespo, pero se quedó completamente azorín, que era lo que se proponía conseguir el simpaticazo director de *El País*.

¡Si lo hace en aquellos días de mando negro del mencionado señor, ya podía el ilustre periodista, despedirse en regla de sus parientes y correligionarios.

Ello fué que como los ánimos se habían caldeado ya más de lo prudente, á punto estuvo de que los de Valencia les dieran con la línea de Utiel á los de Cuenca y éstos á aquellos en las narices con la de Huete.

—¡Que la de Huete es de mayor utielidad! gritaba un coquense.

—¡Pues Huete amigo! que la nuestra es más conveniente.

—¡Pero la vuestra es más larga!

EL TEMOR DEL CABRERO



—Pero, hombre ¿porqué te marchas tan pronto?

—Porque tengo el ganado solo y si me esioy aquí mucho se me van las cabras.

—¡Y qué le vamos á hacer; privilegios de la Madre Naturaleza.

Por fin, Romanones les aconsejó que regresaran á sus respectivas provincias, y que todo se resolvería á gusto de unos y otros. Y es fácil que lo consiga, porque, hemos quedado en que Romanones nos está dando por el gusto á todos, menos á La Cierva naturalmente, que no tiene gusto para nada, como no sea para gastar pantalones á cuadros. En eso si que es un tío de una vez.

Ya en sus capitales, siguen jaleando la cuestión, los unos amenazando desde Cuenca y los otros desde Valencia.

En esta última ciudad, patria de las mujeres *de buten*, se celebró un gran mitin y en él habló el diputado señor Llagaria, que puso el dedo en la *llagaria*, cuando amenazó con armar la gorda al Gobierno si no se construye el directo.

Ya estamos viendo á Villanueva, el hombre de más mal genio de la creación, exclamar despectivamente:

—Bueno; pues que nos la armen!

Al que le va á parecer esto un poco difícil, es á Barroso, pero ante la esperanza de que tal suceda, es fácil que se resigne á esperar los acontecimientos.

Nosotros creemos que para resolver el conflicto, lo mejor es que se construyan las dos líneas; por aquello de que lo que abunda no daña, y porque así se podría uno dar la satisfacción de utilizar ambas vías, que es el placer de los dioses.

Ahora, que si nos diesen á elegir entre la directa y la tortuosa, nuestro voto estaría siempre con la que nos la lleve más derecha.

MI MUÑECA

Ya la veis: no es pequeñita, sino todo lo contrario; ¡de un tamaño superior! Pero yo juego con ella como juega una chiquilla con la suya de cartón.

La encontré, viendo del mundo, el inmenso escaparate; porque el mundo es un bazar donde no hay más que muñecos con resortes misteriosos que se mueven á compás.

Yo no vi más que su rostro de gentil zalamería que invitábame á jugar: aun el fondo de su alma no ha llegado á descubrirlo mi infantil curiosidad.

¡Y más vale que así sea!
¡Vale más que no se rompa la moldura de cartón!
¡Fueron tantas las que quise descubrir de esta manera y el encanto se quebró!...

Claro está que cuando juego



EI—¡Pobrecita y cuanto estás sufriendo! Ya no ocurrirá más.

Ella—¡Vamos, no digas tonterías!

no es tan pura mi inocencia como habréis de suponer; mas quizá por esto mismo me deleita doblemente mi simpático *bebé*.

Y es que yo, que me conozco, soy también un niño grande para el juego del amor... Por lo cual es muy posible que ella «juegue más conmigo» que con ella «juego yo!»...

Clemente de Castro.

...PENITENCIA

DESDE hace algún tiempo, la epidemia de los divorcios se ha «recrudescido» en Francia de tal modo que cualquier cronista extranjero que quiera comentar aquí la actualidad no puede hablar de otra cosa.

Estos días la crónica escandalosa de los periódicos franceses dedica buena parte de su atención á la solicitud de divorcio

DE LA GUERRA DEL RIF...



—Supongamos, señora, que usted es el enemigo y se acerca al campamento de Zeluán; pues saco yo entonces la cuarta mía...

Ella—No siga usted. En ese caso, me rendiría á discrección.

presentada por madame X, esposa de un joven diputado de la República, contra su marido, quien, después de cuatro años de matrimonio, no ha cumplido aún sus deberes conyugales. Madame X (pónganse mis compasivas lectoras en su caso) desea la separación inmediata y absoluta; la pobrecita necesita recobrar aquella dulce liber-

tad que inmoló inútilmente, volar en otra atmósfera, recibir sobre sus rojos labios el beso de una ilusión nueva...

Monsieur Demange, que representa á madame X, se comprometió ante el magistrado M. Richard, presidente de la cuarta Cámara, á presentar, en favor de su defendida, toda clase de pruebas...

—¿Pruebas, tratándose de un asunto tan íntimo?—ha dicho M. Richard.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted testigos?

—No, señor; tengo la prueba definitiva, incontestable, de que mi cliente ni miente ni exagera; madame X lo acredita dejándose reconocer por los médicos que el Tribunal designe.

Obligado por tan grave acusación, M. X., á quien defiende el jurisconsulto M. Renault, se ha defendido declarando que, efectivamente, el cuerpo de su esposa se halla tan limpio de varonil contacto, como la víspera de la boda.

Monsieur Richard, estupefacto, preguntó al joven diplomático:

—No obstante, madame X es joven y hermosa.

—Sí, señor.

—Entonces, francamente, sin una imposibilidad física por parte de usted, no comprendo cómo pudo tratarla durante cuatro años consecutivos de vida íntima con tan humillante respeto.

A lo que M. X. repuso:

—Por no lastimarla.

Contestación con la cual parece querer presentársenos como el arquetipo más delicado, resignado y *espiritual* de los esposos.

Ahora bien: los médicos que han reconocido á madame X la hallaron poco desarrollada y con estrecheces pelviáticas que *acaso* la impidan ser madre; pero no descubrieron nada que se oponga á las relaciones sexuales.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Es que el abogado de madame X no ha sabido reivindicar enérgicamente los derechos de su defendida? ¿O es que en favor del joven y conocido diplomático han intervenido recomendaciones y protecciones poderosas?

No lo sé. Lo único cierto es que el Tribunal ha pronunciado el «no ha lugar», y que madame X continuará tan casada y tan virgen como hasta aquí.

Esta tolerancia, poco galante de los Tribunales franceses, indigna al más frío, al más escéptico, al más indiferente y socarrón; el menos juvenil de los hombres censuraría duramente la eunuca mansedumbre de ese marido, que nunca lo fué, «por no lastimar á su mujer.»

Ella, sin duda, se casó enamorada. Al principio, contenida por el pudor innato de la hembra, esperaría á que «su hombre», «su macho», la solicitase; luego, viéndolo reservón y correcto, procuraría atraerle poco á poco, echándole al cuello los brazos, preguntándole: «¿No me quieres? ¿No te gusto?... Y quizá su imaginación inocente, aunque requemada por el fuego desbordante del instinto, pensaría que las sublimidades del amor, y todos sus delirios y todos sus dolores, se reducían á decir: «te amo» y á darle un beso sobre los labios de cuando en cuando.

¡Ella le amaba, sí!... Le amaba mucho, cuando pudo esperar cuatro años hora tras hora, el abrazo definitivo, y cuando ahora le odia lo bastante para atropellar su femenino pudor arrastrando por las columnas de la Prensa su natural deseo y su incontestable derecho á ser amada. ¡Sí, ella le quería!

Pero, ¿y él?...

¿Se casó por cariño? No es probable. ¿Será, por el contrario (y esto parece lo evidente) un *arrivista*, imposible y codicioso, que buscó en el matrimonio un medio fácil de fortuna, contando, desde luego, con que la ruborosa castidad de la esposa no se atrevería á divulgar las vergüenzas de su debilidad física?

Misterio inexplicable que sin duda es imposible penetrar.

Los médicos que examinaron á madame X dicen que ésta, *tal vez*, no pueda ser madre; mas no descubrieron en ella «nada que se oponga á las relaciones sexuales». ¿Por qué, pues, la *cobardía* (llamémosla así) de M. X. quedará impune?

En todo esto hay una gran moralidad. El Tribunal, antes de fallar negativamente, debió comprender que vedando á mada-

me X el camino del divorcio, se la lleva, como por la mano, al adulterio.

De todos modos, situación lamentable la de esa muchacha, que me recuerda la de una madrileña amiga mía, casada con cierto boticario muy conocido y hasta su poquito de político...

Félix Recio

París, 19 Enero 1912.



—Pues voy al estudio de Luis, que me está haciendo un desnudo precioso.

—¡Mujer! ¡quedarse en cueros en el estudio de un pintor!

—¡Hija, encendemos la catufa!

Lea usted el martes
en EL LIBRO POPULAR
FLÉRIDA
Novela de amor
por CRISTOBAL DE CASTRO

LOS SALUDOS

Si supiésemos apreciar el modo que tienen de acogernos y despedirnos las personas cuyo trato frecuentamos, no sería difícil adquirir con exactitud matemática y acaso dolorosa, la opinión que de nosotros tienen formada.

Cuando un prócer respetable, influyente ó temible por algún concepto, entra en un salón, el dueño se levanta precipitadamente, le estrecha la mano, se interesa por su salud, le da cariñosos pasagonzalos en el hombro y no sabe «á que atribuir

chano y llanote que sabe recibir á todo el mundo.»

O bien, empleando cierta *frase hecha* cualquiera, de esas que sólo la mucha confianza disculpa. Como aquella con que despidió al Sr. Romero Robledo en la estación de San Sebastián, y después de vivir juntos durante dos meses, cierto famosísimo matador de toros.

—Conque, Paco, ya sabes... ¡M'alegro de verte güeno!...

Hay muchos modos de dar la mano.

Amigos tengo yo (pocos desgraciadamente), que me *dan* la mano, esto es; que me la *entregan*, como significando:

—Ahí la tienes; haz de ella lo que gustes...

Pero otros se apoderan de la mía oprimiéndola afectuosamente y magullándome los dedos hasta hacerme ver las estrellas. A estos procuro sacarles la delantera, y en cuanto se acercan cojo entre mis dos manos la suya y aprieto con cruel ensañamiento.

Los profesores de gimnasia y de esgrima, como son caballeros que tienen los bíceps muy desarrollados, suelen *rubricar* su apretón de manos con dos vigorosas sacudidas que nos cimbrean de cabeza á pies y casi nos desconciertan el hombro.

Los elegantes de profesión cultivan el saludo afectuoso.

—¿Cómo está usted, don Mengano?

—Bien, muchas gracias, querido... ¿Y usted?

—¡Siempre á sus órdenes!...

Y nos cogen la mano y la levantan hasta la altura de su corazón, como diciendo: «Late por ti...»

¿Y dónde me dejo á Pérez, al furibundo Pérez, buen jinete, gran tirador de armas y primer premio de boxeo del Velódromo de París?

Yo le temo más que á una vara verde, porque Pérez es de los que dan dos manos por una y tardan en despedirse un cuarto de hora larguito de talle.

—He tenido mucho gusto en saludarle.

Y me zamarrea como si quisiese partirme el húmero.

—Póngame usted á los pies de su señora...—Y repite la sacudida,

—Conque... ¿hasta otra vez, eh?... Hasta otra vez...

Y se va... se va dejándome recostado sobre la pared, con las espaldas llenas de yeso, los huesos doloridos, casi exánime...

En cambio tengo amiguitas que me en-



El marido—Te advierto que mi amigo Pérez hacía muy buenas migas con mi primera mujer.

Ella—Pues si no hay inconveniente por tu parte, puede hacerlas conmigo cuando quiera.

el honor de aquella visita... Pero si el recién llegado es un íntimo amigo ó un individuo modesto y de poca importancia, el amo de la casa, jefe de la oficina ó director de periódico, cree cumplir con un: «¡Hola fulano!... Dicho familiarmente y con cierto aire de bondadosa protección que equivale á decir:

«Ya ve usted que soy hombre campe-

tregan sus lindas manos enguantadas y acarician la mía con una suavidad tan delicada, tan insinuante de tan buen tono, que... ¡peor es recordarlas!...

En esto de dar la mano, como en todo, hay modas

Hace algunos años que los elegantes de París advirtieron que el Príncipe de Gales, rey por aquel entonces, de la moda, daba la mano levantando el codo á la altura de su hombro, y todos le imitaron, creyendo que aquella era la última palabra ó, como si dijésemos, el colmo ó *colmillo* de la distinción,...

No había tal; las modas suelen reconocer, á veces, un origen ridículo.

¿Saben ustedes por qué el Príncipe de Gales saludaba así? ¿No lo adivináis?

Pues, ¡porque tenía un golondrino debajo del brazo

¡Ah! si sus elegantes admiradoras de entonces lo hubieran sabido!...

Fernando Amado.

LOS FLETES EN ESPAÑA

(INFORMACIÓN ECONÓMICO-FINANCIERA)

Si la noticia no la hubiésemos leído en las columnas de la recogidísima y ultra austera *Epoca*, desde luego la daríamos por totalmente inexacta.

Pero como de ella es, á nosotros, que creemos ciegamente todo cuanto dice el órgano maurista, incluso cuando trata de convencernos de que su jefe volverá á molestarnos, nos merece completo crédito.

Se trata de una reunión habida en el Centro de Cultura Hispano-Americano para tratar de la conveniencia de una alianza moral de España y los países de la América latina.

¡Y lo que son las cosas de este pícaro mundo, donde cada día se aprende una cosa nueva, qué demonio!

«El Sr. Vera— dice textualmente *La Epoca*—enalteció el desarrollo de nuestro comercio marítimo y señaló el hecho tristísimo de que ascendiendo á 375 millones de pesetas lo que España paga anualmente por fletes...»

¡Qué descubrimiento! ¿Con que nada menos que 375 millones de pesetas por eso? Ahora si que no debemos ni podemos creer las lamentaciones de tantas y tantas amiguitas como LA HOJA DE PARRA tiene

por esos mundos de Dios. Cuando nos vuelvan á escribir diciendo que este país está perdido, que esta inactividad nacional por culpa de la indiferencia de sus hombres obliga á la juventud á emigrar á otros países de mayor movimiento, les contestaremos con las propias frases del señor Vera:

«En España asciende á 375 millones lo que gastamos en fletes.»

¿Qué de donde habrá sacado estos datos



El vendedor—¡Sale mañana! ¡Quién quiere dinero!
El señor grueso—Señorita ¿La gustaría á usted que la tocase el gordo?

datos tan precisos? Allá él; nosotros cumplimos con nuestro deber consignando el dato.

Lo que no nos explicamos es por qué el autor de la sensacional noticia dice que «señaló el hecho tristísimo.» ¡Como si ese consolador dato fuese un caso para entristecer á nadie! ¡Vaya un modo de señalar!

¡Trescientos setenta y cinco millones de pesetas! ¡Y eso que no sabemos á cuanto se elevarán los *micos*!

¡Qué los hay del tamaño de orangutanes!

VALOR PROBADO

A sí dicen los místicos, y casi estoy por creer que tienen razón... El tenor italiano Giovanni A., que pasó hace dos ó tres temporadas por el escenario del Teatro Real de Madrid, ha muerto para el arte; y, si no muere, quedará muy mal herido... lo cual es peor, porque no hay nada tan triste como los últimos años de los cantantes en decadencia.



La señora—¿Ves aquel buen mozo que baila con con mi hija?

La doncella—Sí, señora.

La señora—Pues si á la hora de retirarse los invitados, ves que se mete en mi alcoba, no le digas nada porque es maniático el infeliz.

Las autoras del crimen, según un periódico de Roma, son dos bonitísimas muchachas, una de las cuales es mujer y la otra hermana del comerciante genovés Carmelo Aldini.

Francisca y Gabriela conocieron á Giovanni en el teatro; ellas, inclinadas sobre la barandilla del palco, asestaban sus gemelos contra el tenor, hallándole joven,

guapo, distinguido y seductor como un cortesano de Luis XIV; el galán, que sabía el examen de que era objeto y el envidiable favor de que gozaba, miraba también muy ufano de verse aplaudido por manos tan blancas y tan lindas; entre tanto Carmelo Aldini, adorador idólatra de la música, permanecía alejado de la torpe realidad, tumbado sobre un diván, en la penumbra discreta del antepalco.

Pasaron varios meses. Cierta noche, un amigo de Aldini llevó á éste al *camerino* del tenor; el comerciante deseaba estrechar la mano de Giovanni y demostrarle su admiración, los deseos vivísimos que tenía de conocerle y de merecer su amistad, etcétera, etc.

El tenor estuvo muy expresivo.

—Yo le conozco á usted—dijo.

—¡Oh, caballero, usted me conoce!...

¿Usted pudo poner alguna vez los ojos en mí? ¡Tanto honor me confunde!

—Sí; usted suele ocupar el palco número...

—Precisamente.

—Y le acompañan dos señoras lindísimas...

—Mi mujer y mi hermana, señor. Ellas también tienen grandes deseos de conocer á usted. Si quisiese usted favorecer nuestra casa yendo una tarde á comer con nosotros.

Giovanni prometió ir, y en efecto, cumplió su palabra. La primera conversación debió de ser muy sentimental y muy útil para los burgueses afectos á la peligrosa sociedad de escritores y artistas; Giovanni hablaría de sus ambiciones, del dolor que experimentaba al no ver realizado en ninguna mujer el ideal femenino de su alma; ellas se mostrarían como dos espíritus superiores no comprendidos, ligados por caprichos de la suerte á un comerciante vulgar, y que bostezaban de hastío reclusas en el fondo de un almacén *al por mayor* entre grandes fardos de telas.

Aquellas visitas se repitieron y llegaron á ser frecuentes. Giovanni aseguraba que los contertulios de aquella casa eran las personas más simpáticas de Génova; las damas, oyendo tan galantes ponderaciones, suspiraban tristemente, y Carmelo Aldini no sabía cómo demostrar la satisfacción que le causaba poder contar entre sus *íntimos* al célebre tenor.

De todo esto resultó... Que Giovanni se enamoró de Francisca, la esposa de Aldini, y que ella... perdió la chaveta por

tenor. Lo novelesco, lo inaudito es... ¡que también la perdió Gabriela!

La noche en que el diablo, satisfecho de su obra, y dándola por concluida y bien terminada, «tiró de la manta», Carmelo regresó á su domicilio á tiempo que su hermana y su mujer salían acompañadas de Giovanni.

—¿Dónde van ustedes?—preguntó sonriendo.

—Al teatro—repuso el galán—; he pedido para ustedes un palco. ¿Supongo que luego irán ustedes á reunirse con nosotros?

—Sí, señor; allá iré en cuanto cene. Hasta después.

Y se despidieron.

Aquella noche, por indisposición del tenor señor Giovanni (según decían los carteles), se suspendió la representación de *Los Hugonotes*. Carmelo fué al teatro y lo halló cerrado; admirado al saber el motivo, volvió á su casa; ni su mujer ni su hermana habían vuelto; esperó... esperó toda la noche y esperaría aún si al día siguiente no hubiese dicho un periódico que el tenor Giovanni A. había desaparecido de Génova en compañía de dos señoras principales.

Los culpables, según añeja y sabrosa costumbre, «no han sido habidos...»

¡Fugarse con dos mujeres!

Ya puede decirse del tenor Giovanni lo que de los militares que estuvieron en campaña: *Valor probado*.

Entre tanto Carmelo se mesará las barbas, preguntándose como los maridos bur-lados de ¡Al agua patos!

¿Dónde estarán?...

¿Dónde estarán?...

Luis de Ossa.

Florenca, 17 de Enero.

EL NUEVO PRESIDENTE

YA tienen los franceses nuevo presidente de la República.

Sus disgustillos y sus fiambres, sobre todo fiambres les ha costado; pero al fin salieron del apuro.

¡Así da gusto! Poincaré ha dado el último salto: de presidente del gobierno á jefe del Estado. ¡Las reflexiones que estará haciendo Romanones á propósito del salto de su colega!

Al que le ha venido la contraria es á Pams, contrincante como ustedes saben de Poincaré. Ni presidente, ni ministro de Agricultura. Ha hecho un *pams* como unas hostias.

Claro es que los votantes de Versalles han sabido lo que se han hecho, que es todo lo contrario que aquí hacen nuestros concejales.

No han querido que suba el *pams*.

Elegido presidente, inmediatamente hu-



Ella—Perdone usted que le reciba en esta facha y cubierta de polvo.

El—¡Por Dios doña Juana! Yo soy de confianza, y además por más que me fijo, no veo en usted el polvo.

biera venido un conflicto internacional. Contra el *pams* francés habría reclamado el *pams* de Viena, y ¡ya tienen ustedes la conflagración europea!

Gracias á que el hasta ahora presidente del gobierno mantuvo su candidatura, exclamando regocijado: «á *poincaré* con la más alta magistratura de la nación», que sino, á estas horas hasta las Repúblicas

pams-americanas andarían en danza tirándose los trastos á la cabeza, ó mejor dicho, los «largos» (como aquí adjetivamos á los panecillos franceses) y sin dejar de tirarse de paso alguna que otra francesilla.

Y á propósito de francesillas. La pobrecita mademoiselle Denizar, que también presentaba su candidatura, ha quedado bastante mal.

A pesar de sus proclamas y de enviar á todos y cada uno de los diputados y sena-



El—¡Pues señor, ha hecho el ridículo Maura con su vuelta á la jefatural!

Ella—Al menos él, vuelve; pero tu te retiraste de mí hace dos años y no has vuelto.

El—Porque no quiero hacer el ridículo.

dores su papeleta para que le diesen sus sufragios, ha quedado en el más espantoso de los ridículos.

Poincaré obtuvo 483 votos de los miembros de la Asamblea soberana.

Mademoiselle Denizar, á pesar de su juventud y de su belleza, no ha tenido á su lado ni un solo miembro.

¡Velay! Como dicen los paisanos del señor Alba.

La solución de un problema

(Cuento casi tártaro)

A un selvático paraje
—no nos importa su nombre—
en donde se cría el hombre
completamente salvaje,

arribó cierta misión de varones franciscanos para convertir hermanos á su santa religión.

Pusieron á predicar y los salvajes á oír y lograron convertir muy pronto á más de un millar.

En un cordón jamás visto de todas partes venían hombres que se convertían á la doctrina de Cristo.

Entre todos, llegó uno, antropófago por cierto, muy mal encarado, tuerto, y salvaje cual ninguno.

—Padre—dijo al franciscano— Yo me quiero convertir.

Y el padre optó por decir:

—Dime tus culpas, hermano.

—Yo quiero creer en Dios.

—Crearás si á ello te avienes.

Dí; ¿cuántas mujeres tienes?

Y el salvaje dijo:—Dos.

—Entonces es importuna tu pretensión; es liviana; nuestra religión cristiana, no puede admitir más que una,

Permite, pues, que termine aquí la conversación; prosigue en tu religión y que tu Dios te ilumine.

Fuese el salvaje mohino, quedóse el fraile severo, partió aquél por su camino y este por otro sendero.

Al cabo de cuatro días volvió el salvaje á insistir:

—Padre, yo quiero vivir en el Credo del Mesías.

—Eso es imposible, hermano; no lo podrás realizar—acabó por contestar inflexible el franciscano.

—No puedes de Dios en pos seguir, y en mi Dios creer; Solo admite una mujer

y tu, hermano, tienes dos.

Nunca serás convertido
con dos hembras por fortuna...

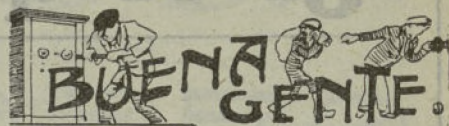
—¡Si ya no tengo más que una!

—¿Y la otra?

—¡¡Me la he comido!!

Mingo Revulgo

he visto nada más que una vez en Bilbao,
el último verano, paseando en automóvil.



SUCEDIDOS

Hablábase la otra noche de María Guerrero en la tertulia que sostiene nuestra amiga A. con varias amiguitas y amiguitos, todos gente de buen humor, en su casa de la calle de Vergara.

De pronto Jesusa X, una rubia tan ardiente, á pesar del color de su pelo, como tonta, exclamó, contestando á las alabanzas que todos hacíamos del talento de la genial actriz.

—Pues yo, la verdad, no la encuentro ese mérito tan enorme...

—¿En qué obras la ha visto usted?—la preguntaban.—¿En *Malvaloca*? ¿En *el cuarto amarillo*?

—No, no—repuso ingénuamente—no la

Por faltar á los compromisos contraídos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA y *El Libro Popular* y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los correspondientes siguientes:

Cartagena: Antonio Alcaraz.

Sevilla: Pedro R. Girón.

Guadix: Emilio Antonio Ortíz.

Oviedo: Aurelio Lorenzo Ramos.

Manzanares: Gregorio Almendro.

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA
Paseo de las Delicias, 60.—1.º teléfono, 1843

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

POR 20 CENTIMOS CADA UNA

LAS SIGUIENTES NOVELAS RECIEN PUBLICADAS:

EL HAMPÓN, por Joaquín Dicenta.

EL MILAGRO, por V. Blasco Ibáñez.

EL RETORNO, por Antonio de Hoyos.

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritis,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS